

LA NOVELA SOCIAL EN ITALIA

La literatura italiana ha adquirido en Europa en los últimos decenios una extraordinaria reputación. Las películas de Rossellini y de Vittorio de Sica han puesto de moda la escuela neorrealista italiana. Y las novelas de Elio Vittorini, Guido Piovene, Alberto Moravia, Carlo Coccioli, etc., han sido traducidas a todas las lenguas. El pretendido existencialismo de Moravia y Piovene ha conseguido a estos novelistas gran número de lectores. Moravia ha llegado a ser el mayor estilista de la Italia contemporánea, pintor despiadado de la corrupción y mediocridad de la burguesía romana.

Junto a estos grandes escritores, artistas exquisitos, en cuyas obras aparece a veces la esterilidad de una clase social y su incapacidad para entrar en contacto con las grandes realidades humanas, la Italia de la posguerra ha visto florecer a un grupo de novelistas, venidos algunos del destierro, menos dotados que Moravia, pero más próximos al pueblo y comprometidos en la lucha social.

La mezcla de lirismo popular y de realismo moralizador que poseen las grandes películas de Vittorio de Sica, como *El limpiabotas*, *Ladrón de bicicletas*, *Milagro en Milán*, es también la nota característica de la escuela literaria de Elio Vittorini, Vasco Pratolini, Giuseppe Marotta, Ignazio Silone, Cesare Zavattini, etc., cuyas novelas versan casi siempre sobre un tema social. El tono de todas ellas es satírico y polémico. Escritores populares, muchos de ellos comprometidos en la resistencia fascista, en mayor o menor contacto con los comunistas, quieren excitar nuestra indignación contra las injusticias que sufren los pobres, los aldeanos y *cafoni* de la Italia del sur y de Sicilia, los obreros de Milán o Florencia. En algunos se advierte la influencia de la novela rusa. La misma predilección por los grandes cuadros sociales, donde el héroe no es un individuo, sino una multitud de personas o comunidad de un pueblo, de una calle o de un barrio; la misma tendencia a idealizar el carácter de los pobres y a caritaturizar al personaje rico, como Sandrino en *Un héroe de nuestro tiempo*, de Pratolini. Hasta el título lo ha tomado del novelista ruso Lermontof. De Pratolini se ha dicho que es el Máximo Gorki de las orillas del Arno.

Otra de las influencias interesantes en la novela social italiana ha sido

el cine. Zavattini fue colaborador habitual de Vittorio de Sica; Mario Soldati, director de escena, antes de decidirse estos últimos años a la literatura. Esta novela actual debe al cine el gusto por las escenas rápidas, múltiples, y la técnica de usar y abusar de las imágenes, sin cuidarse mucho de la cohesión argumental. *La crónica de los pobres amantes*, de Pratolini, es una serie de instantáneas sobre la vida de los vecinos de la via del Corno, en Florencia. Termina la novela cuando el autor ha agotado su reserva de imágenes. En *Conversación en Sicilia*, no hay propiamente acción, como tampoco existe en la película *Ladrón de bicicletas*. La novela, como la película, podría terminar en cualquier página o continuar con el mismo tema de la miseria de Sicilia. Sin embargo, este neorealismo no cae nunca en la tentación del puro documento. Se salva por el lirismo de los autores y por su deseo de hacer una obra artística.

* * *

Esta novela social de la posguerra con la descripción de las capas populares, y el mundo de los trabajadores, puede decirse que es, en cierto modo, una renovación de la escuela naturalista, designada en Italia con el nombre de verismo.

El jefe de esta escuela fue el vigoroso siciliano Giovanni Verga (1840-1922), quien en sus historias de campesinos: *Vita dei campi*, *Novelle rusticane*, y en sus novelas: *I Malavoglia* y *Mastro don Gesualdo*, describió con penetrante observación, con vigor dramático y profunda simpatía, la vida y los sentimientos del pueblo siciliano y las luchas sociales de la aldea y la ciudad. *I Malavoglia* es la poesía de la vida patriarcal. *Mastro don Gesualdo* es la poesía y el drama del trabajo, todo lo que hay de humano en el esfuerzo por acumular riquezas, nacido de la necesidad de actuar y construir. En esta avidez de dinero se encierra un sentido más vasto y noble: conseguir el bienestar económico y la elevación social y moral de la familia. En torno a *Don Gesualdo* vive el pequeño mundo de la gente siciliana, espejo de las pasiones universales del hombre. En *Don Gesualdo* reside el trabajo, el sacrificio, la inteligencia y la prudencia. Ha quedado esta novela como la maestra de Verga.

Matilde Serao (1856-1927) publicó durante el decenio del 80 al 90 una serie de esbozos, narraciones breves y novelas que nos dan a conocer al proletariado y la pequeña burguesía de Nápoles. *Il paese di Cuccagna* nos hace ver la pasión del napolitano por la lotería y viene a ser, a la manera de Zola, una pintura del vicio popular. En esta novela y en *Addio, amore*, sufrió el influjo de las ideas sociales. Pero no pudieron resolverse plenamente en su obra, porque el fondo de su arte es de tal sinceridad que resbala, como lengua extraña, todo lo que no le es propio. Todo en sus novelas es sangre y fuego y caridad humana. Su obra, como la de Zola, encierra un vasto tema social. La suciedad y la miseria, en *Il paese di Cuccagna*; la vida política y mundana de la capital, en *Conquista di Roma*; la fascinación y miseria

del periodismo en *Vita e avventure di Riccardo Joanna*. La tesis moral de esta autora es que el vicio conduce a la miseria, a la enfermedad y a la muerte. *La Conquista di Roma* goza de mucha más verdad y objetividad que el *Piacere*, de D'Annunzio o *Daniele Cortis*, de Fogazzaro.

Grazzia Deledda (1871-1936) ha sabido representar en sus novelas con un gran verismo al pueblo de Cerdeña con su soledad de isla y su horizonte cerrado. *La giustizia, I ginocchi della vita, Uomo solitario* son algunas de sus principales novelas.

Finalmente podríamos citar como último representante de esta escuela de verismo social a Renato Fucini (1843-1922), quien nos ha dejado unos finisimos esbozos de la vida rústica en *Veglie di Neri (Paesi e figure della campagna toscana)*, catorce narraciones muy interesantes. Hijo de un médico de pueblo, nos describe en uno de estos relatos el anticlericalismo furibundo de uno de los personajes en oposición al médico del pueblo, que lleva la luz de la cultura y del espíritu, juntamente con su ciencia, a los campesinos. Su estilo seco, vigoroso, con cierta benévola ironía, está captado de la gente sencilla, con quien mantuvo contacto. Una disputa con Pascuale Villari le hizo escribir *Napoli a occhio duro*, cartas a un amigo, sobre los problemas del pueblo.

* * *

Algunos críticos consideran como la base y el comienzo del nuevo realismo *Gli indifferenti*, de Moravia, y *Tre operai*, de Bernari. En esta misma línea vino después la novela corta *La spiaggia*, de Pavese, que dio popularidad a la escuela. De aquí a la novela social de la postguerra hay un paso.

Entre autores más significativos de esta joven novela social hay que contar a Elio Vittorini (1903). Su penetrante intelectualización del realismo o lo que pudiéramos llamar transfiguración de la novela social ha dado valor e interés a su obra, que tan pronto atrae por su verdad como repele por su arbitrariedad. El secreto de su narración está en la poesía del realismo cotidiano y en un diálogo vivo, real, muy americano, asimilado a través de las traducciones de Faulkner y Hemmingway.

Vittorini trata de conciliar un cierto marxismo con la cultura italiana. En algunos de sus escritos ha sido tratado de comunista y se le ha atribuido un realismo socialista. Se ha defendido, asegurando que el arte cae fuera de la política y que sin ser marxista quiere conciliar los valores positivos del marxismo con la cultura italiana. Hablando de la novela de Moravia ha escrito más claramente: «siempre he negado que sea oficio de la literatura dar a vender o traducir las razones políticas de una revolución en novela... No admito que sea propio del escritor educar políticamente a los hombres con un juego literario... Detesto esa literatura que es "bombo y platillo" de la revolución».

No es fácil una síntesis de los elementos de la poética vittoriniana. El tono de su narración es lírico-realístico, pero de una contextura compleja.

Sus sentimientos polémicos sobre la solidaridad humana se expresan en símbolos, basados en la observación real. Sus novelas *El Simplón guiña el ojo a Frejus* y *Una bestia une las cercas* son verdaderos poemas que evocan admirablemente el sufrimiento y la rebeldía obrera, el hambre y el paro. En *Piccola borghesia*, una de sus primeras obras, hay menos simbolismo y más sátira realística y descripción. Su obra maestra es, sin duda, su primera gran novela, *Conversaciones en Sicilia*. El autor nos cuenta su viaje a Sicilia con objeto de visitar a su madre. Es un pretexto para describir al pueblo siciliano de tal pasividad que no concibe pueda librarse de su miseria. Muchos de estos hombres sufren el estado de humillación en el que son mantenidos. El sentimiento de rebeldía y de la necesidad de justicia son excepción y no se compadecen de sus sufrimientos ni de las penas de los otros. El novelista quiere hacer sentir a su madre la extrema soledad de un pobre chino, baratillero ambulante, más pobre que los pobres sicilianos, a quienes vende sus tirantes y corbatas. Su madre responde que hay en Sicilia muchos pobres como él, sin esperanza, y se molesta de su insistencia, enviando el chino al diablo.

«Es el más pobre de todos los pobres y tú le envías al diablo. Y cuando tú lo has enviado al diablo, y tú te lo representas pobre de fortuna en el mundo, sin esperanza y enviado al diablo, ¿no te parece que es más hombre, más "género humano" que todos los otros?»

Elio Vittorini expresa una de sus ideas preferidas: el pobre que está solo, que sufre, ofendido, sin pan y sin esperanza, es más hombre, más «género humano» que los demás. Esta idea la traduce en el título de su novela de guerra, consagrada a la resistencia milanesa: *Uomini e noi* (Los hombres y nosotros). El diálogo sobre el pobre chino, perdido en Sicilia, es de antología. En ninguna parte de la literatura moderna se expresa con tal arte y emoción el drama y la miseria del extranjero, drama que las últimas guerras con su cortejo de refugiados y desplazados ha hecho tan frecuente y tan atroz.

Uno de los sentimientos confusos que habitan en el alma de los pobres y que Vittorini trata de hacer que aflore a sus conciencias es la necesidad de pureza, la redención a una vida espiritual que está por encima de todo moralismo de preceptos. Uno de los personajes de *Conversación en Sicilia* se siente diferente con algo nuevo en su alma.

«Ha dado todo lo que poseía, y también su caballo, para sentirse en paz con los hombres, como alguien, así se expresaba, como alguien que no tiene nada que reprocharse. No es que tenga algo que reprocharme en particular, confiesa. Ni la menor cosa del mundo. No hablo en el sentido de los curas. Pero no me parece estar en paz con los otros. Quiero tener una conciencia fresca, fresca, que me obligue a cumplir otros deberes, no los deberes habituales, otros deberes nuevos y más elevados hacia los hombres...»

Podemos advertir las mismas exigencias morales, el sacrificio de sí para alguna cosa grande, la consagración a los demás, que encontramos en la novela rusa de los últimos años, como ha escrito el P. Bosc. Esta coincidencia entre el neorrealismo social de la novela italiana y el realismo socialista de los

escritores soviéticos es fruto no de una influencia, sino de un mismo hallazgo en el análisis de las aspiraciones confusas del alma popular.

En sus obras más recientes consigue crear en torno a sus personajes una atmósfera de poesía y misterio. La barraca más pobre del obrero se transforma en una especie de trágico palacio, en el que los pobres inquilinos, como los antiguos atriadas, simbolizan las pasiones y las necesidades elementales del hombre. Su novela *El Simplón guía el ojo a Frejus* es una sinfonía del hambre. No sabemos los nombres de los personajes ni nos interesa. Aparece la madre, el abuelo, la hija, los rapaces, el marido de la madre, etc. Todo el mundo tiene hambre. El abuelo es un gigante «como un elefante», impotente, sordo, y solamente él se come casi todas las raciones de la familia. Esto no impide que cuando un huésped viene se siente de nuevo a la mesa y haga además de comer.

Con menos lirismo que Vittorini, Vasco Pratolini (1913) es el mejor y más sensible retratista de los medios populares, habituado desde su propia infancia a los olores de la calle, el más genuino representante del realismo social. Por eso con gran facilidad pasa de la memoria a la crónica y a la novela popular. Sus narraciones vienen a ser la crónica social y política, pintan la historia y la vida de los personajes en el clima de la calle y del barrio. Más que la profundidad psicológica de los individuos, estudia la condición humana y moral de una clase social. Así en *Crónica de los pobres amantes* aparece el ambiente obrero, durante el nacimiento de la dictadura; en *El barrio*, este mismo ambiente durante los años del fascismo de la postguerra; en *Metello*, las primeras luchas socialistas. Sus personajes se parecen en todas sus obras. El obrero comunista, generoso e inteligente; la burguesía bella y ligera, el patrono odioso, el fascista criminal, el trabajador sin conciencia de clase, etc. Entre líneas podemos leer el afecto colectivo y el amor de clase del autor, ya que en su *Crónica familiar* nos hace una confesión seca y viril de su infancia pobre.

La *Crónica de los pobres amantes* le ha valido una gloria mundial. Ha sido traducida a numerosas lenguas en Estados Unidos, la URSS, España, Holanda, Suecia, Checoslovaquia, etc. Los pobres amantes son cuatro obreros, empleados o comerciantes de la vía del Corno, en Florencia, con sus amantes. *La Crónica de los pobres amantes* no es una novela política, a pesar de la simpatía del autor por su héroe comunista; es la historia de una calle de Florencia, día a día, durante un año. Un cuadro animadísimo y humanísimo de una muchedumbre que vive, trabaja, ama, sufre y ríe; de gente que si no son ángeles, tampoco tienen nada de diabólicas. Los abusos y las injusticias se ceban en ellas y nuestra indignación es fuerte ante un dolor real, sumiso, que no se exterioriza en vanas palabras de mitín. Al final no distinguimos bien todas las figuras y todos los caracteres. La frase es dura, seca, llena de vigor y matices expresivos.

La guerra, las luchas entre fascistas y los otros partidos, a partir del año 1943, los odios y las venganzas que explotan en el momento de la liberación, le suministran el fondo de muchas de sus novelas. Esto nos permite

advertir nuevas características de la vida social italiana. Por acusadas que sean las divisiones ideológicas, por violentos que sean los odios, el italiano es lo suficiente inteligente, humano y cristiano para caer en la cuenta de las cualidades de su enemigo. Es capaz de perdonar y de ser generoso. Así sucede en su novela *Un héroe de nuestro tiempo*, en la que a su protagonista, un fascista imprudente y bruto, lo hace simpático. *Metello* es una historia italiana con un fondo popular, un fresco de vida colectiva e individual, social y sentimental. En ella se une un realismo desencantado, resentido, dentro de la tradición toscana, con la influencia de cierta narrativa americana. En el *Oficio de vagabundo* Pratolini encuentra a la poesía; penetra en la dulce sencillez de sus recuerdos familiares en *Crónica familiar* y se acuerda de su buen humor latino y de su picardía bonachona en *Las muchachas de San Frediano*.

Esa misma generosidad y magnanimidad cristiana para perdonar que tiene el italiano, en las novelas de Pratolini, aparece en la obra *Difícil esperanza*, del novelista Carlo Coccioli (1920). Un joven maquis ve que la burguesía de la ciudad no quiere darles nada, mientras ellos, los maquis, mueren de hambre, y jura vengarse. Un día, al partir, desesperado, recuerda su juramento de hacer una escabechina y robar todo. Pero no coge nada. Si no se hubieran puesto de tal manera a llorar, no hubiera tenido piedad, confiesa. Vuelta la paz, los burgueses tratan a los antiguos maquis de ladrones y bandidos. El joven intenta odiarlos, pero quisiera saber, dice, si existe en el mundo alguno que pueda y que deba odiar. Coccioli siente con la misma profundidad que Vittorini y Pratolini la injusticia de la que son víctimas los pobres. Si plantea la legitimidad del odio es porque ha sentido esta tentación. En esta novela nos hace comprender la seducción que ejerce el comunismo en los escritores jóvenes italianos de la postguerra y la razón por qué ninguno de ellos ha caído en esta tentación. Rico y Tom son dos antiguos camaradas de guerra, apaleados por un grupo de comunistas. Tom confiesa a su amigo: «¿Sabes que yo podré amarlos? Y como Rico le cuenta el sueño que ha tenido —se veía al borde de un precipicio, atraído por el abismo y sintiendo el malestar del vértigo— le advierte Tom que el comunismo le ha producido el efecto de este precipicio: le atrae y le hace vomitar.»

Las novelas de Coccioli han conseguido un extraordinario éxito por su audacia y valentía. Generalmente su tesis argumental contiene la historia dramática de una situación moral inquieta y angustiosa, de carácter religioso: *El cielo y la tierra*; social: *La difícil esperanza*; o sensual: *Fabrizio Lupo*; tesis narrada con libertad y habilidad expresiva.

La mejor novela, producida por la guerra y la resistencia, es *Il mondo e una prigioniera*, de Guglielmo Petroni (1911). Como sus colegas de la escuela neorrealista, sus novelas tienen un cierto sentido moral. Su preocupación es honda al ver que la juventud se entrega a mezquinas pasiones y pierde la ocasión que le proporcionó el fracaso del fascismo para reformar seriamente la sociedad italiana. *La casa si muove* y *Noi dobbiamo parlare*

son dos novelas en las que recoge la problemática de la literatura moderna con un tono de elegante estilística.

En esta línea de novela social encontramos a Cesare Zavattini (1902) con un intenso lirismo de fino matiz humorista. El film *Milagro en Milán*, que Vitorio de Sica ha sacado de su novela *Toto il buono*, lo ha hecho célebre. En su novela anterior, *I poveri sono matti*, describe la vida de un modesto empleado con la misma burla melancólica que es el encanto de *Milagro en Milán* y que permite al autor decir las cosas más fuertes y crueles al mundo de explotadores sin odio y casi con humor. No hay duda que en el fondo de su obra hay una reivindicación social y una sátira contra ciertas injusticias sociales. Sigue expresando sus ideas sociales con ingenioso humorismo en *Parliamo tanto di me y Io sono il diavolo*.

Dentro del humorismo y del surrealismo de Zavattini, podemos situar a Dino Buzzati (1906), pero al mismo tiempo con una problemática interior más profunda y proyectada hacia lo existencial, lo social y lo religioso. Entre los escritores de hoy, Buzzati es de aquellos que quiere llegar a la raíz última de la vida a través de la anécdota cotidiana y la pone en el ansia de verdad y de esperanza. Sus novelas encierran una interpretación simbólica. Su mensaje es el abandono y la condena del hombre que nos recuerda la obra de Kafka. Pero si queremos definir el mundo moral y social de Buzzati veremos que dista mucho del absurdo y la angustia de Kafka, ya que en sus páginas encontramos un humano y luminoso resquicio de esperanza. En su obra maestra, *Il deserto dei Tartari*, el drama y el absurdo se hace sentir menos. Su simbolismo es menos frío y seco y las exigencias del corazón atemperan y dulcifican la angustia, aunque su estilo sea alucinante y enfebrecido. Así sucede en *I sette messaggeri y Paura alla Scala*.

Alvaro Corrado (1894-1956), de la provincia meridional —era calabrés—, gozó de una gran influencia desde el año 30 al comienzo de la última guerra. Casi toda su obra lleva la sangre de su región; posee el signo y el color de su paisaje. La conciencia dolorosa de la vida, la ingenua moralidad de sus paisanos, su preocupación ante lo desconocido de la otra vida y el aspecto religioso de la existencia aparece en todos sus libros. Penetra en el sentido religioso de la sabiduría popular y en el contraste entre el dolor y la Providencia. Todos estos sentimientos laten en el alma de sus creaturas. De aquí nace el doloroso y trágico idilio de sus novelas *Incontri d'amore, Gente in Aspromonte y Amata alla finestra*. El problema social ha tomado en él altura y profundidad religiosa.

* * *

Ignazio Silone (1900) pertenece a la generación anterior y podría ser considerado como el eslabón que une la escuela neorrealista con el gran maestro del verismo italiano Giovanni Verga. Es el pintor inmortal de los pescadores y campesinos de Sicilia. Silone vivió en el destierro de Suiza durante la dictadura fascista. Su obra, un poco monótona, está consagrada al

mundo rural de la Italia del sur, en donde nació. Durante muchos años fue el único novelista italiano conocido en el extranjero, ya que escribió muchas de sus obras en el exilio. Su obra nace de un claro propósito político. Por encima de la pintura de la vida cotidiana coloca la atormentada vida del ex comunista, que lucha entre sus sentimientos íntimos y la política. En este tipo de escritores, de formación más política que literaria, la preocupación social mata el esfuerzo artístico. *Fontamara, Pane e vino, Il segreto di Luca* son las grandes novelas de la emigración italiana. Cecchi ha escrito de él: «La característica de Silona es el sentimiento de profunda y viril compasión por los humildes y ofendidos. Un laico evangelismo, que respira y se hace sentir dentro de su máquina narrativa, lleva en su entraña un eco de la religiosidad popular.»

Es muy significativo que a la novela social meridional, manifestada después de la guerra, haya contribuido un septentrional, Carlo Levi (1902). Su obra se distingue por la fuerza del pensamiento y el vigor de su visión. De familia de pintores, escribe y pinta con igual maestría. Su mejor obra, *Cristo s'è fermato a Eboli* (*Cristo se ha detenido en Eboli*), nació en los recuerdos de su confinamiento político en Lucania. Es el retrato moral, social y sobre todo poético de una gente sencilla y de un país pobre, redactado al contacto de aquella misera población. El dolor de la tierra está descrito con fuerza. La facilidad narrativa y la riqueza barroca de su estilo ha conseguido un libro sugestivo, verdaderamente introductorio de la novela social del sur. Posee una gran capacidad artística para armonizar figuras y paisajes en una atmósfera mítica. Entre sus últimos libros están *La parole sono pietre*, diario siciliano en tres jornadas, y *Il futuro ha un cuore antico*, en forma de reportaje.

Giuseppe Marotta (1902), de Nápoles, empezó a tener fortuna en los últimos años, cuando su inspiración literaria se volvió hacia su país natal. Intenta sintetizar el humor, el sentimiento y el drama, sin conseguir una fuerte unión. Por eso con frecuencia cae en la dispersión. Marotta pasa de la ternura a la ironía, de lo trágico a lo cómico, de la anécdota al color. Con frecuencia posee un tono de moralismo popular. Para este autor el sufrimiento y el gozo son signos de intensa vitalidad. Sus novelas son cuadros sociales de su tierra con cierto humorismo barroco. Entre su vasta producción citemos únicamente *L'oro di Napoli, San Gennaro non dice no* y *Gli alunni del sole*.

Entre los jóvenes escritores del sur hay que recordar a Domenico Rea (1921), uno de los que ha escrito con mayor seguridad y justeza. Se le ha achacado falta de problemática en su obra, ya que nace de una observación impulsiva y rápida. El novelista ha nacido del pueblo y carece de bagaje literario. Su técnica se reduce a la captación de lo inmediato. Por eso es más popular que Marotta y Levi, quienes tienen el espíritu de la clase alta. Sus problemas sociales son más sencillos y saltan a la vista, aunque sus trozos más bellos son aquellos en los que se olvida de estas preocupaciones comunitarias para entregarse a la narración pura. Convence su sencillez, su viril y dramática ternura, su conciencia del mundo y de los hombres, fruto todo no de una preparación cultural, sino de una experiencia profunda de la vida.

Spaccanapoli, *Gesu fate luce*, *Quel che vide Cammeo* son magníficas narraciones.

Particulares relaciones sociales entre los campesinos y los propietarios aparecen en algunas novelas del calabrés Fortunato Seminara (1903), como *La masseria*, *Il vento nell'oliveto*, *La baracche*. Esto nos prueba la fecunda vena sociológica en las novelas de los escritores del sur. Los problemas sociales de esta región pobre de Italia han ocupado la joven novela meridional.

* * *

Alberto Moravia (1907) está especialmente dotado para el neorealismo. Sus elementos esenciales son: una ironía fina, un interés profundo por la vida, una aversión a la moral y un atractivo hacia lo sexual. Ha descrito en sus novelas con una crudeza despiadada la corrupción de la vida y las costumbres de la sociedad burguesa contemporánea. Ambición, veleidad, hipocresía, hastío y sexo son las características del mundo que describe. Ha sabido mezclar un moderno moralismo con una ironía escéptica, un realismo social con un sicologismo freudiano. Desborda de su obra una irritación contra la sociedad que simula sus pecados y vive de una moral hipócrita. Moravia quiere dar culto a la religión de la verdad, contra lo falso, alienta una lealtad y una sinceridad naturalística.

Gli indifferenti suscitó gran número de comentarios. Para algunos críticos era un ejemplo de decadencia artística. Para otros, invitaba a observar la sociedad y poseía un tono moral moderno. Su visión era de factura naturalística. Constituía una nueva versión freudiana su retrato del hombre corrompido, abúlico, amargado y mediocre, privado de toda dignidad, cuyo único estímulo de acción era el sexo. Podríamos denominar «realismo sicológico» a la necesidad moraviana de captar los ejemplos más sintomáticos y crudos de la conciencia contemporánea y de las costumbres sin advertir su particularidad. Pompaloni ha dicho que «ve pecar y perderse a sus personajes porque los desprecia». Y no es cierto que pecan únicamente contra la vida y contra sí mismos, pecan igualmente contra Dios, autor de la vida. A alguno de ellos los desnuda despiadadamente para reprobarlos con sarcasmo. La visión de Moravia es pesimista, de un pesimismo que no sufre ni reacciona, de una vida monótona y pesada, sin esperanza. Sus creaturas son incapaces de asimilar problemas por la renuncia apriorística a la lucha.

En los *Racconti romani*, escritos en los últimos años, pasa de los barrios aristocráticos al arrabal pobre. Aquí repite la imagen desolada del hombre, tarado con el pecado de origen, sin ningún signo de fuerza interna, que no reacciona contra sí ni contra los demás. Solamente alimenta un secreto rencor y envidia del prójimo. Desconoce la gracia y la posibilidad de redención, negada toda caridad. En sus novelas *La romana* y *Il conformista* vuelve a las situaciones morbosas e inmorales de esos personajes decadentes, mediocres. En otros relatos cuyos protagonistas son jóvenes, como *Agostino*, *La disubbidienza*, y sobre todo en sus últimas novelas *Il disprezzo* y *La ciociara*, la

atmósfera es menos corrompida y aflora un requicio de piedad hacia sus personajes en el autor.

Guido Piovene (1907) aparece como crítico de costumbres con una penetración lenta y profunda de las pasiones y los vicios humanos que pretenden pasar por virtud. Exploración rica, sutil, imitación de los moralistas franceses del siglo XIX, con la técnica objetiva de las cartas, monólogos, diarios, etc. En él encontramos la misma indiferencia moraviana hacia las personas, el mismo egoísmo que encuentra en el pecado de los demás una justificación del suyo propio y una complacencia. Sus novelas, en el terreno moralista y psicológico de Moravia, penetran en el intimismo de los actos morbosos y sucios. La moral católica y la sabiduría antigua se corrompen en sus páginas. Al personaje de su novela más famosa, *Lettere di una novizia*, le repugna ver claro en su conciencia, como si la lógica insuficiente de sus actos fuera sustituida por la indiferencia o la hipocresía. Sus creaturas son de calidad social, de inteligencia y cultura, pero pobres de humildad y de amor. Pecan porque ven la paja en el prójimo y olvidan la viga propia. Repite frecuentemente la imposibilidad de conocerse, pero su justificación no convence. Su ficticia espiritualidad conduce a una falsa piedad y a una falsa caridad. De ahí el confusionismo que siembran sus novelas *Pietà contro Pietà* y *I falsi redentori*. Diríamos que es un San Alfonso María de Liguori laico. Por otra parte, Piovene describe magníficamente el paisaje de su tierra natal, Venecia. Ha sabido captar la conciencia esencial de la caridad y sus problemas más profundos.

El malogrado Cesare Pavese (1908) es autor más psicológico que social, aunque no podemos olvidar este aspecto de sus novelas. Este escritor atormentado no pudo conciliar las exigencias de su conciencia individual de artista con su actividad social y terminó con el suicidio (1950). Este mismo conflicto entre su actividad social y política y su conciencia individual experimentan sus creaturas y las conduce a una soledad destructora. Nacido en Turín, posee ese fuerte realismo del piamontés, enamorado de su tierra, de su vida y del lenguaje de su pueblo, que imprime a su estilo un vigoroso dramatismo y un diálogo crudo, con influencia, por otra parte, de los americanos Faulkner y Steinbeck, a quienes tradujo. Ha querido dar a sus novelas un sentido real, lejos del simbolismo de Vittorini. De la mezcla de la sabiduría antigua con la experiencia ciudadana y social, juntamente con las inquietudes que le llevarán al suicidio, ha sacado una prosa sugestiva e interesante. Con frecuencia pasa del angustioso sentido de la existencia a la voluntad de salvarse en experiencia de vida, del amor a la acción social, de la meditación del mito a la obra de arte. En sus novelas late el drama de una conciencia moral, combatida por una necesidad de generosa participación humana y social, de una acción política renovadora, de un desesperado sentido de soledad. El deber de expresar estos sentimientos le hizo escribir *Dialoghi con Leuco*. La humildad y seguridad física, el amor a la tierra y el hondo sentido popular de *Paesi tuoi* se convierten en la contradicción entre

la exigencia intelectual y la voluntad político-social en *Prima che il gallo canti*.

Pavese no detalla demasiado sus percepciones. Con palabras rápidas nos describe un paisaje o una situación. Dueño de numerosos registros nos descubre con cruda ironía el mundo artificioso y perverso de *Entre mujeres solas*, las turbaciones y angustias de una juventud bella y malecada o los colores de la vida del campo. Con el vigor de pasiones y colorido, que nos recuerda a Giovanni Verga, nos da en *Allá en tu aldea*, tal vez su obra maestra, una violenta imagen del campo italiano, un aguafuerte con rojo de sangre. El novelista tan preocupado por los problemas sociales supo penetrar en la tragedia del alma popular, que a veces deja huellas de sensualidad y de muerte. Una suave visión poética dignifica a veces su naturalismo crudo.

* * *

La literatura italiana de estos últimos años es tan rica que es imposible pasar revista a todas las novelas de valor que encierran un tema social. La corriente de escepticismo, representada por Pirandello en el período de las dos guerras, y la corriente naturalista, representada por D'Annunzio, siguen todavía influyendo en la literatura italiana. Pero la corriente actual más profunda e importante es la que alimenta las preocupaciones sociales. La novela alemana no refleja más que los problemas intelectuales y espirituales de una minoría, mientras que la novela social italiana actual refleja exactamente la vida del país, los problemas de los campesinos pobres y de las ciudades superpobladas, sus inquietudes ciudadanas y sus complejos industriales, las ideologías fascistas o comunistas, tomando parte en la vida. Estos escritores, ha escrito Bastide, son más testigos de la vida de su país que los escritores franceses de la del suyo. Sus novelas nos presentan una Italia en movimiento, ardiente, llena de problemas y vitalidad.

IGNACIO ELIZALDE, S. J.

